

JOT DOWN

**LA MAFIA
NUESTRA DE
CADA DÍA**



DEUSTO

La Mafia nuestra de cada día

Los mejores
artículos sobre Mafia
de *Jot Down*

JOT DOWN



EDICIONES DEUSTO

*La Mafia nuestra de cada día. Los mejores
artículos sobre Mafia de Jot Down*

Edición: Wabi Sabi Investments, S.C
Responsable de la colección: Loreto Gómez Fuentes
Coordinación: Rubén Díaz Caviedes
Corrección: Olga Sobrido
Maquetación: Jot Down
Diseño de portada: Sylvia Sans Bassat
Impresión: EGEDSA

Impreso en España - *Printed in Spain*

Primera edición: marzo, 2021
ISBN: 978-84-234-3228-8
Depósito legal: B. 1.613-2021

© Jot Down Books, 2021
© Editorial Planeta, S.A., 2021
© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Literatura que se hace sola

María Irastorza

Llegas más lejos con una palabra amable y una pistola,
que solo con una palabra amable.

Al Capone

¿Por qué despiertan tanta fascinación los mafiosos? Porque gustarnos, no nos gustan. Nada hay en ellos que sea positivo o edificante. Su negociado se fundamenta en el terror, el chantaje, la tortura, la opresión y el derramamiento de sangre. Puede decirse, incluso, que representan la forma más desalmada de capitalismo salvaje. El famoso jefe criminal Charlie «Lucky» Luciano dijo: «No hay dinero bueno ni dinero malo; solamente hay dinero». En comparación, cualquier *pope* neoliberal del estilo de Milton Friedman llega a parecer

un socialista. No existe en la sociedad moderna un mal que los mafiosos no hayan promovido y exprimido en beneficio propio, desde las adicciones y la explotación sexual, hasta la guerra y la corrupción de las instituciones políticas. Las mafias representan todo lo malo. Y aun así, nuestra cultura contemporánea permanece hipnotizada con ellas desde hace un siglo largo.

Esa fascinación no es el producto de las generaciones recientes, ni nació con la romántica estilización de *El padrino*. Hubo películas sobre *gangsters* casi desde que existe el propio cine. En la más antigua, *The Musketeers of Pig Alley*, de 1912, aparecían ya idealizados, vistiendo sombreros y gabardinas, rodeados por una aureola de indefinible superioridad. Al Capone, mientras dirigía aún su organización criminal, se convirtió en uno de los hombres más famosos del mundo. Aparecía en periódicos de todo el planeta, y se escribía sobre su figura en todos los idiomas y alfabetos imaginables. Pudo ver un largometraje inspirado en él. Capone era una estrella, aunque nadie se engañaba sobre su naturaleza. No era ningún secreto que había asesinado y extorsionado. Que había amañado elecciones: «Votad temprano, y votad varias veces», decía a los partidarios de su candidato, mientras enviaba a los colegios electorales a matones con porras para desanimar a los votantes del rival. No era un individuo agradable, pero el público no podía apartar sus ojos de él.

Quizá esa fascinación proviene todo de algo tan humano, tan connatural a nosotros como la atracción por el relato. Entre los mafiosos no hay héroes, pero sí están todos los demás elementos con los que construir una rica mitología. Y el mal, si viene acompañado por una buena narración, siempre nos ha entretenido más que el bien. La historia de Fausto vendiendo su alma a Satán conoció el éxito en distintas versiones a lo largo de varias épocas; pecaminosas copias circulaban por

Europa, atesoradas por horrorizados cristianos bienpensantes que las leían una y otra vez. Porque el relato era bueno. El relato era fascinante.

Los relatos de mafiosos siempre son fascinantes. Sobre todo cuando están protagonizados por mafiosos reales, en cuyo caso son, además, sorprendentes. Porque parecen concebidas por guionistas. Los mafiosos son los demonios modernos; terribles, moviendo los hilos entre las sombras, despertando una inagotable curiosidad. Y su entorno es idóneo para la narración; así como los demonios tenían un infierno en el que reinar, las mafias son Estados dentro de los Estados, sociedades dentro de la sociedad. Son reinos con sus monarcas, dictadores, soldados, jerarquías, liturgias y códigos. Y en esos reinos, el drama es incesante. Nunca faltan las tensiones, las traiciones y las venganzas que satisfagan nuestra innata atracción morbosa hacia el caos, y nuestra pasión por las epopeyas con final trágico.

Del mismo modo que en *El señor de los anillos*, la historia de toda mafia se resume en un propósito: la obtención del poder por el poder. Aun a costa de la propia vida. Pocos jefes de grandes bandas mafiosas han podido retirarse para disfrutar de sus fortunas: «A fin de cuentas, todos vamos a morir en la cárcel», dijo Vincent Basciano, líder de la famosa familia mafiosa Bonanno. En efecto, sigue cumpliendo cadena perpetua mientras se escriben estas líneas. Los que no terminaron en la cárcel, fueron asesinados. Quienes permanecían en pie se veían obligados a manejarse en un continuo estado de paranoia. Paul Castellano, jefe de la familia Gambino, reflexionaba: «Esta vida nuestra es maravillosa. Si pudieras vivir así para siempre, sería fantástico. Pero es una vida muy, muy impredecible. Hay muchas formas en que puedes joderlo todo». Castellano tenía razón: terminó sus días tumbado en una acera neoyorquina, con un disparo en la cabeza, después de tanta preocupación por no cometer ningún error.

Dioses efímeros que caen y son sustituidos por otros dioses que también caerán. La muerte y la condenación están a la vuelta de la esquina. Y el mal es el filtro de color que lo tiñe todo. Las mafias, como los mitos griegos o como Fausto vendiendo su alma, son literatura que se hace sola.

En Corleone

Íñigo Domínguez

¿Estarán dentro o no estarán? Me asomaba cada mañana a la ventana del hostel, mirando a la casa de enfrente, y seguía igual, con todas las persianas cerradas. Era la casa de la familia de Bernardo Provenzano, el último gran capo de Cosa Nostra, en su pueblo, Corleone. En Corleone fue detenido en 2006, en un chamizo de las afueras. «Están, están», dicen unos en el pueblo. «No están, no están», dicen otros. En Corleone parece que las cosas no se saben, pero se saben. El que llega allí de fuera desde luego no sabe gran cosa, aunque crea que sí. Un continental, como dicen ellos, llega tan sugestionado, con tantas películas en la cabeza, que no está preparado, de entrada, a encontrarse con un pueblo extraño y retorcido. Ya antes de ir te imaginas escribiendo sobre la atmósfera pesada, las miradas furtivas, los silencios misteriosos. Los tópicos te

vienen naturales. Ves mafiosos en cada esquina, pero claro, también es que sales a la calle a las ocho de la mañana y todo el mundo va con gafas de sol. Me han mandado para contar cómo es Corleone de verdad, pero ese es el problema: ¿quién demonios sabe cómo es verdaderamente?

Corleone está a una hora de Palermo, por la antigua vía consular que unía la capital con Agrigento, en la costa sur de Sicilia. Se esconde en un anfiteatro montañoso, en medio de una llanura de cereal, rodeado de peñas vertiginosas donde todavía hay nieve a principios de primavera. En uno de los cerros hay una torre vigía sarracena. En medio del pueblo, en lo alto de un colosal monolito de roca, se alza un diminuto monasterio de monjes, como los griegos de Meteora. En cada cima despuntan cruces oscuras. En Corleone, que era ciudad real, hay ciento veinte iglesias y conventos. Antes de llegar la carretera bordea un bosque profundo, la Ficuzza, con un palacio borbónico del siglo XIX que era la finca de caza, y por algunos años residencia, de Fernando III, español, hijo de Carlos III y primer rey de las Dos Sicilias. Se yergue severo, solitario y fantasmal en una explanada vacía. En estos parajes se escondían los capos fugados y cuentan que hay por ahí enterrados unos cuantos cadáveres. El padrino mafioso de *El día de la lechuzza*, de Sciascia, la primera novela que descubrió a la Mafia, describía la humanidad, la democracia, como una muchedumbre de cabestros, «un bosque de cuernos más espeso que el de la Ficuzza». Sobre ellos saltan hábilmente los elegidos y los hombres superiores, como los mafiosos.

Bajo el cartel que anuncia el nombre de Corleone, en la entrada del pueblo, hay otro muy curioso. Y muy largo, con letra pequeña, hay que parar el coche para leerlo. Su título dice en letras mayúsculas: «No hacer nada ilegal». Sigue un texto increíble, una especie de lección para párvulos sobre lo que significa la ley y por qué hay que respetarla, como si se estuviera

en un territorio salvaje, aún por civilizar. El tercer párrafo, por ejemplo, dice esto: «Un “acto ilegal” no es desobedecer a una orden cualquiera como por ejemplo “Vete a la cama”. Es una acción que, si se comete, puede causar un castigo de parte de un tribunal y del Estado». Más adelante: «Casi todas las cosas de valor que se quieran realizar pueden ser hechas de modo perfectamente legal». A continuación explica que «el Estado y el Gobierno tienen la tendencia a ser máquinas no pensantes», porque se mueven por leyes y códigos como por raíles. Y advierte: «Están programados para aplastar la ilegalidad y como tales pueden ser enemigos implacables. El hecho de que una cosa sea justa o injusta no cuenta ante la ley y los códigos».

Estas líneas asombrosas, que tratan a sus lectores como niños o comanches, y que casi incluso les comprende y predica la resignación, dicen muchas cosas que no están escritas. Es como si en estos lugares hubiera que empezar de cero, erradicando hábitos tribales. Lo cierto es que en Sicilia, en toda Italia, se suele hablar con normalidad de educar en «la cultura de la legalidad», como si la ilegalidad fuera un impulso incontrolable o un instinto profundamente enraizado. Se dan conferencias sobre ello a los niños en las escuelas, charlas en las parroquias. El cartelito también puede tener otra explicación: quizá es uno de esos gestos de fachada que en los últimos años ya han entrado en la normalidad, en el juego, y tal vez no es para tanto.

Luego llegas a la plaza del pueblo, donde está el Ayuntamiento, y te encuentras un bar con una gran foto de la película *El padrino* en la puerta junto a un anuncio del licor amaro, amargo, El Padrino. Pero aseguran que lo pusieron así por los turistas. Desde luego es un imán, lo ves y vas para allá. «Todos los extranjeros venían buscando eso. Aquí solo teníamos una foto en blanco y negro de la película, esta», dice el chico del bar señalando un marco en la pared. En él se ve a Michael Corleone, Al Pacino, en el momento en que dispara al capitán McCluskey en

un restaurante del Bronx, su primer crimen, que le hizo entrar en un mundo sin retorno. «Cuando venían turistas siempre se acercaban a mirar la foto y nos preguntaban si la película se rodó aquí». En realidad el bar donde Michael se para a echar un trago en su estancia en Sicilia, cuando conoce a Apollonia, sí existe. Es decir, existe el bar donde rodaron la escena, pero está en Savoca, cerca de Messina, lejos de aquí. Se llama Bar Vitelli, y sigue abierto. Pero la gente quiere que la realidad se parezca a las películas, y no al revés, así que en el Central Bar de Corleone acabaron por llenar el local de fotos de *El padrino*. En 2002 lo rehicieron de arriba a abajo con la actual decoración.

Palique obligado con el mozo de la barra: ¿Pero aquí hay Mafia o no? «¿Y quién lo ha visto nunca a Provenzano?», responde Gianfranco Ruggirello, de treinta y seis años. «Riina, Provenzano, no vivían aquí, no se puede culpar a un pueblo por tres o cuatro que nacieron aquí». Luego interviene su hermano: «Yo digo esto: Corleone no es la Mafia. Si usted es un periodista serio debe contar todo. Por supuesto, ha habido mafiosos, pero Corleone ha sido difamada en todo el mundo». Llevan años viendo pasar periodistas extranjeros que buscan siempre las mismas historias de miedo y semblantes torvos. El padre de estos chicos, Giuseppe Ruggirello, ya fallecido y que abrió el bar en 1958, tuvo una experiencia curiosa con un reportero danés en 1994. Llegó al pueblo justo el día de un *rally* de coches y los pocos hostales estaban llenos. Ruggirello le invitó a hospedarse en su casa y pasó tres días viviendo con ellos y conociendo Corleone. Al volver escribió un reportaje desmitificador contando que no había visto la Mafia por ningún lado y que los vecinos eran gente encantadora. Se abrió entonces un curioso hermanamiento de Corleone con Dinamarca, con actos institucionales y todo, y a don Giuseppe le acaban de poner una calle en el pueblo por haber contribuido a su buen nombre. A su viuda, una entrañable señora, se le saltan las lágrimas al contarlo.

Mario Puzo, el autor de la novela *El padrino*, eligió el nombre de Corleone, y selló la suerte del pueblo, porque en Estados Unidos sonó mucho a finales de los años cincuenta. Fue cuando una nueva camada de matones especialmente violentos se rebeló ante el capo de toda la vida, el doctor Michele Navarra, un mafioso burgués al viejo estilo, un padrino. Hubo decenas de muertos, tiroteos en medio del pueblo y Navarra fue ametrallado en su Fiat 1110 negro en una emboscada. Más de cien tiros. Su funeral fue en la majestuosa iglesia de San Martino, la Iglesia Madre dicen aquí, en la misma plaza de este bar, y acudieron capos de toda Sicilia. Hay una gran lápida de mármol en la entrada. Informa de que en 1947 el templo se consagró al Sacratissimo Cuore di Gesù, «a la espera del retorno del orden y del bienestar en un mundo convulso». Y que sea lo que Dios quiera.

Esa banda de jóvenes mafiosos que desbarató el viejo orden pasaría a ser conocida, directamente, como los Corleoneses y aquel exterminio fue solo el primero de su escalada al poder en Cosa Nostra. El más brutal, cuando conquistaron Palermo, tuvo lugar en los años ochenta, más de mil setecientos muertos. Su jefe se llamaba Luciano Leggio y sus sicarios, Totò Riina, que luego le sucedió y era peor que él, Bernardo Provenzano, que relevó al anterior, los hermanos Leoluca y Calogero Bagarella... No eran cuatro gatos de Corleone, como ahora se puede recordar, sino al menos medio centenar entre los dos bandos, según las reconstrucciones con nombres y apellidos de los historiadores. Cada uno con sus familias, parientes, amigos, vecinos y conocidos.

Aquella guerra empezó el año en que Giuseppe Ruggirello abrió el bar, en 1958, y duró hasta 1963. Dejó cincuenta y cinco muertos y veinte desaparecidos, arrojados a las simas que rodean el pueblo o sepultados en los bosques. Justo entonces en Estados Unidos la opinión pública acababa de descubrir la Mafia como gran organización secreta, con la primera gran redada

de una cumbre de capos en Nueva York, en 1957. De hecho fue entonces cuando el FBI reconoció por primera vez la existencia de la Mafia como tal. El interés por los gánsteres, adormecido desde los años veinte, volvió a resurgir, así como por el exótico origen de la Mafia en Sicilia. La guerra de Corleone llegó justo en ese momento y apasionó a la prensa, que bautizó el pueblo como «el Tombstone siciliano». Puzo comenzó a escribir su novela pocos años después y tampoco se complicó mucho la vida para buscar el nombre.

Ninguno de los dos chicos del bar ha visto nunca un homicidio en el pueblo. Dicen que fueron hace muchos años, hasta los setenta, y que ellos no habían nacido. Aquí mismo, delante de la puerta, a unos pasos del Ayuntamiento, fue asesinado un hombre en julio de 1977, que sería el último en muchos años en el pueblo. Vio el cadáver con sus propios ojos Dino Paternostro, cronista, escritor y concejal de la izquierda. Entonces tenía veinticinco años y seguía un pleno municipal. Es una historia muy gráfica. La cuenta así: «Estábamos en la sala de plenos, llena de gente, el alcalde y los concejales, y de repente se oyen unos disparos, cuatro o cinco. Todo el mundo se tiró al suelo y cuando pararon salimos corriendo escaleras abajo. Pero no a mirar, qué fue lo que me sorprendió, sino que apenas cruzaban la puerta de la calle salían pitando a derecha e izquierda. Escapó hasta el decano, la máxima autoridad de los curas del pueblo, que estaba sentado en el círculo de los nobles, que también está en la plaza. Yo me quedé parado, asombrado, ante el cadáver, que estaba allí en medio. En eso salió el alcalde democristiano, Michele Latorre, y le dije: hay que llamar a los Carabinieri. “Llámalos tú”, me dijo, y se largó corriendo. Entonces fui a la carnicería de la plaza, la misma que hay todavía, y les pedí el teléfono para llamar a los Carabinieri. “No funciona”, me contestaron». Dino Paternostro se ríe ahora al recordarlo. Corleone, el miedo en Corleone, era así en los setenta.

Este periodista, de sesenta y tres años, recuerda que cuando era pequeño se contaba a los niños que al doctor Navarra lo había matado un rayo, porque no se podía decir que lo habían asesinado, a él, al omnipotente *capo dei capi*. Cuenta esta y otras historias mientras paseamos por el pequeño parque del pueblo. Un lugar apartado y solitario, supongo que más tranquilo para hablar: «En Corleone, como en todos los pueblos de mafia, todos saben todo, no hay secretos, no hay misterios. Mi padre me contaba a mí las historias de mafia con muchísimo detalle. Claro, luego la gente al fiscal o a la policía no se lo dice». Las historias de mafia no se hacen explícitas, formales, quedan en la conciencia colectiva, como una pesadilla o un relato secreto.

En un rincón de los jardines nos paramos ante una escultura. Es un busto de Bernardino Verro, líder sindicalista de Corleone y primer alcalde socialista del pueblo. Fundó los *fasci*, el primer movimiento campesino por las tierras y que se enfrentó a la Mafia, a finales del siglo XIX. Verro, que ideó una inteligente estrategia de cooperativas, fue asesinado en 1915, hace ahora cien años, en una calle de Corleone. Este pueblo tiene un alma mafiosa pero convive con otra alma «antimafia», como se dice en Italia. Dos fuerzas opuestas, el bien y el mal, un curioso microcosmos en un villorrio que ahora tiene once mil vecinos. «En Corleone la antimafia es tan antigua como la Mafia», dice Paternostro. Fue él, en 1979, siendo concejal del partido comunista, quien logró aprobar la colocación del busto de Verro. El escultor entregó la obra al cabo de un año pero el alcalde la cubrió con una sábana y la dejó en su despacho. «Cada vez que preguntaba me daban largas, me decían que había que esperar el momento adecuado, pero nunca llegaba», recuerda el escritor. El busto de Verro pasó seis años bajo la sábana, hasta que por fin se colocó en 1985. Pasó algo parecido con una placa conmemorativa instalada entonces en el lugar de su asesinato. «Escribimos: “El 3 de noviembre de 1915 aquí

caía Bernardino Verro asesinado por la Mafia...”. ¡Pero en el Ayuntamiento se preocuparon! Me decían: “¿La Mafia? No hay ningún proceso que diga que ha sido la Mafia. Nos puede denunciar”. Que la Mafia te denuncie por difamación tiene que ser realmente curioso. Costó dos o tres reuniones con tensas discusiones hacer pasar el término «Mafia». Ha sido un largo camino de pequeñas batallas para romper el silencio. Así era aún Corleone en los ochenta.

Paternostro habla de una «epopeya campesina» de la lucha por la tierra desde el siglo XIX, contra el régimen feudal de los grandes propietarios y los mafiosos que gestionaban sus dominios. Arrancó en 1892, con el movimiento de los *fasci* sicilianos, y volvió a repuntar en la posguerra con la democracia. Para entonces, sin embargo, el contexto era el de la guerra fría, y la Mafia se alineó en el bloque ganador de la oposición al comunismo con la Democracia Cristiana (DC), que era el partido dominante, la Iglesia católica y la CIA. Entre 1944 y 1966 la Mafia asesinó al menos a cuarenta y cinco líderes campesinos, sindicalistas o de izquierda. En Caccamo, un pueblo cercano mafioso hasta las patas, el capo local, Don Peppino, se sentaba en un sillón honorario que tenían en el salón de plenos al lado de la silla del alcalde. Era quien mandaba. Hasta 1962 la Mafia impidió en Caccamo que en las elecciones se presentara siquiera otro partido que no fuera la DC y, por supuesto, comunista ni hablar. La primera vez que los comunistas lo intentaron el cabeza de lista fue encerrado en un manicomio. El siguiente, cinco años después, fue cortado en dos con un hacha, de arriba a abajo. Por todo esto la antimafia en Sicilia ha sido durante décadas un gran patrimonio del partido comunista. En muchas casas de campesinos tenían el retrato de Bernardino Verro junto al crucifijo. Representaban más o menos lo mismo, una esperanza de justicia y libertad en un mundo fatal.

Uno de esos mártires es Placido Rizzotto, líder socialista de Corleone, asesinado por el futuro jefe de los Corleoneses, Luciano Leggio, en 1947 y arrojado a una sima. No encontraron sus restos, porque nadie los buscó, hasta 2009. «Me dijo una vez el cuñado de Placido Rizzotto, Peppino di Palermo: “No es que nosotros estuviéramos contra la Mafia, es que la Mafia estaba contra nosotros. Queríamos la tierra, el trabajo, justicia, libertad y la Mafia se apoderaba de la tierra, no nos daba trabajo, nos impedía ser libres”», apunta Paternostro. A Rizzotto no lograron ponerle una estatua en el pueblo hasta 1996. Ahora está en la plaza municipal, delante del bar.

La DC —«dichí», pronunciado en italiano— vivió en Sicilia en una obscena simbiosis con la Mafia, en mayor o menor medida, durante décadas. Corleone además era el pueblo de Vito Ciancimino, todopoderoso dirigente democristiano siciliano que controló el Ayuntamiento de Palermo y que al final de su vida fue arrestado por mafioso. Don Vito, en Corleone, era él. Lo de *don* es un tratamiento que solo se daba a los padrinos mafiosos y a los curas, y él dejaba que se lo dijeran, y desde luego no era cura. El Ayuntamiento del pueblo siempre fue complaciente con la Mafia y su evolución hacia la legalidad fue muy lenta. Solo cambió tras los años terribles de 1992 y 1993, los asesinatos de los jueces Falcone y Borsellino y la guerra al Estado de los Corleoneses. Le pregunto a Dino Paternostro cómo fueron aquellos años. «En los setenta y los ochenta la atmósfera era dura, pero al ser la tradición antimafia muy antigua, nuestra propia mafia está acostumbrada a que se enfrenten a ella. Cuenta con ello. El problema es saber cuál es el nivel a partir del cual se activa un castigo y qué tipo de castigo. Esa línea nunca sabes bien dónde está. Tú te haces la ilusión de saber dónde está, funcionas por intuición, pero...». Esa raya invisible se mueve por Corleone y por Sicilia como una serpiente, más o menos letal según los tiempos. Se escon-

de y reaparece. La redacción de la revista de Paternostro, *Città Nuove*, fue incendiada en 1991 y a él le quemaron el coche en 2006. «Obviamente tras estos incidentes me preocupé, pero también recibí mucha solidaridad. No es un chaleco antibalas, pero nuestra única protección es el consenso social».

Paternostro no sabría decir cómo es la situación ahora, si las cosas han cambiado. Nunca se sabe. La Mafia, por definición, siempre se adapta a lo que venga. Parece que no está y de pronto te la encuentras, está. Es como mirar las ventanas de la casa de Provenzano. El pasado mes de septiembre, de improviso, volvió a aparecer. Estaba. En 2014, anteayer como quien dice. Fue detenido el vigilante del campo deportivo municipal, Antonino Di Marco, que resultó ser un hombre de Totò Riina. En realidad era el *capomafia* local, celebraba las reuniones del clan en su oficina y desde allí dirigía sus negocios. Su actual estrategia era la simulación, incluso saltando reglas sagradas de Cosa Nostra: Di Marco había dado permiso a su hija de que se echara de novio a un suboficial de los Carabinieri, cuando mezclarse con *sbirri* —esbirros— ha estado siempre totalmente prohibido. Los micrófonos de la policía captaron un significativo consejo suyo a uno de sus hombres: «La gente debe tener la duda, nunca la certeza de quién manda». La línea que separa la luz de la sombra es y debe ser borrosa.

La alcaldesa de Corleone, Leoluchina Savona, cuarenta y cinco años, soltera, de una lista independiente, reconoce que se quedó de piedra cuando se enteró del arresto de Di Marco, un trabajador de su Ayuntamiento. «Conociendo a esta persona no nos lo podíamos ni imaginar», confiesa en su despacho. «La Mafia ha cambiado de piel, no se manifiesta. Antes los mafiosos se comportaban como mafiosos, te hacían sentir, respirar el perfume de ser mafioso, era un orgullo, un privilegio. Hoy son cuellos blancos, poderes oscuros, te los encuentras en cualquier lado. No te imaginas siquiera que la persona que tienes

delante pueda ser mafiosa, y lo es, y personas que tú crees que lo pueden ser luego no lo son». La consecuencia lógica de esta reflexión es que debería dudar de la propia alcaldesa que me dice esto, pero me pregunto si se puede vivir así a todas horas sin volverse loco. No se sale del estado esencial de la vida pública en Italia: la nebulosa, el no saber por dónde te andas.

En el propio frente antimafia hay infiltrados, se ha convertido en ocasiones en una etiqueta útil para disfrazarse y hacer carrera. A lo largo de 2014 surgieron sorpresas muy desagradables. En febrero salió a la luz que el presidente de la patronal en la isla, Antonello Montante, paladín de la lucha contra la Mafia y delegado de la organización para la famosa «legalidad», estaba siendo investigado por relaciones con Cosa Nostra. En marzo fue arrestado el presidente de la Cámara de Comercio de Palermo, Roberto Helg, que siempre se ha desgañitado para predicar la lucha contra el *pizzo*, el impuesto mafioso a los empresarios, y resulta que él lo pedía, cien mil euros de comisión a un comerciante por renovar el alquiler. La Mafia siempre ha utilizado la cobertura de la antimafia, e incluso ha creado organizaciones, como el Observatorio para la Legalidad de Villabate, cerca de Palermo, cuyo presidente, Francesco Campanella, resultó ser un mafioso con todas las letras. Había recibido luz verde para la idea del propio Bernardo Provenzano. En esta guerra todas las armas valen. Por eso prima la desconfianza incluso entre los compañeros de trincheras de la antimafia. Sorprende, incluso en Corleone, oír a veces hablar mal a unos de otros. El propio terreno de la antimafia es movedizo. No te puedes fiar.

Savona es concejal desde 1997 y alcaldesa desde hace tres años, la primera mujer que ocupa el cargo en Corleone. Como otras muchas sicilianas, evoca un pasado opresivo y machista, donde una mujer no tenía derecho a hablar de política ni de cultura ni de nada parecido. Ella cuenta que creció rebelándose contra eso. Entró en política impulsada por el deseo de cambio

que irrumpió en Sicilia tras los atentados contra Falcone y Borsellino en 1992. Una de las primeras cosas que uno ve cuando llega a Palermo en avión y coge la autopista es el monolito que recuerda el lugar del atentado contra Falcone, su mujer y sus escoltas. Los Corleoneses volaron literalmente la autopista al paso de su coche. Giovanni Brusca, que es de un pueblo de aquí al lado, San Giuseppe Jato, apretó el botón del mando a distancia desde una caseta situada en una colina cercana. Se ve desde la carretera. Es blanca y ahora pone en letras enormes «Mafia No».

A partir de entonces también en Corleone cambió el clima. Llegó un alcalde de izquierda, Pippo Cipriani, y que se declaraba abiertamente contra la Mafia. Todos los sucesores han seguido la misma línea y lo cierto es que el municipio de Corleone nunca ha sido disuelto por infiltración mafiosa, una medida más frecuente que rara en Sicilia e Italia. Ahora, la obsesión de Leoluchina Savona es que Corleone se quite de encima la etiqueta de capital de la Mafia. Hasta ha contratado a un abogado para que denuncie a las películas que usen el nombre, por difamar el pueblo. En la web municipal enumeran diez motivos para visitar Corleone, entre el arte y la gastronomía, y ninguno es *El padrino*, obviamente. Es más, asegura que fueron los lombardos del norte que colonizaron la zona en el siglo XIII los que trajeron la Mafia a Corleone. Savona quiere dejar atrás el pasado. Ella creció en la *omertà* que atenazaba al pueblo: «Lo vivía mal, no me dejaban salir por la noche, más tarde de las ocho. No querían que hablara de la Mafia o citara los nombres de los mafiosos. Había una herencia cultural muy fuerte, dictada por el miedo. Yo oía hablar a los adultos de que habían matado a este o al otro, de por qué los habían matado, pero siempre dentro de casa, nunca fuera. De pequeña vi algunos muertos en la calle, había un miedo muy fuerte». Hablamos con ella del miedo en Corleone.